

## RUPTURA

No se trata de poner espalda contra espalda a los progresistas y a los conservadores, sino de analizar la crisis que afecta a ambas facciones. Nada de simetría inversa, mejor un pensamiento comprometido con ámbitos complejos que, más que dar importancia a las costumbres, llevan a una disolución de las mismas. Se complican hoy las condiciones que permiten tener unas costumbres y un mundo común, hábitos compartidos, discusiones estructuradas. Prueba de ello es la multiplicación de las disputas ideológicas, morales y de identidad que, con demasiada frecuencia, instrumentalizan las ideas en lugar de estudiarlas.

Los debates morales que hoy nos importan son parte de una inteligencia colectiva. Reelaboran las costumbres participando en la evolución de la sociedad. Indagar sobre las costumbres es integrarse en una comunidad por cuanto estas participan de prácticas comunes; es ir tras la forma en que nos construyen e intentar contribuir, de vuelta, a su evolución.

Interesarse en ello significa también desligar las costumbres de una cuestión más genérica: la política. Los hábitos tienen que ver con relaciones sociales inmediatas, como la

vestimenta, la forma de ser, el lenguaje cotidiano... La modernidad se construyó gracias a la elaboración de estos códigos, a menudo distintivos, aunque no siempre edificantes.<sup>1</sup> La política tiene que ver con cuestiones generales mediadas por conceptos y símbolos que tienen en cuenta la compleja estructura de las relaciones que se establecen en espacios comunes. La moral gobierna, de este modo, dichas relaciones: la política, las instituciones, la ley y la disposición general de las relaciones sociales.

Por tanto, abordar las costumbres no puede subordinarse a la afirmación de que «todo es política». Poner al mismo nivel las costumbres y la política significa, sin duda, subsumir esta última en aquellas, perezosamente, porque entonces la compleja operación de elaboración política, mezclada con lo demás, consistirá solo en una reflexión sobre las relaciones inmediatas, con el riesgo de caer en lo anecdótico, de medirlo todo con el rasero de inmediatas relaciones de fuerza, y de instrumentalizar el pensamiento tras reducirlo a estas coyunturas. Si «todo es política», ya no hay política, sino represalia inmediata, hoy gestionada de forma digitalizada y acelerada.

Cuando los debates se convierten en batallas, caen en el moralismo, en la agitación y en la intoxicación, y estos excesos (en la izquierda y en la derecha) contribuyen a crear un entorno nocivo. Con el pretexto de hacerlas evolucionar, utilizamos las costumbres como estricto vector de oposición. Así pervertidas, las buenas costumbres ya no representan un método habitual y consuetudinario de apaciguamiento de las comunidades, sino que se convierten en una legitimación que los puristas y los impostores se arrojan para ejecutar sus golpes.

## COMPROBADO

Reunidos en un seminario en Montreal en la primavera de 2017, un grupo de humanistas de tradición anglo-liberal debían visitar una comunidad mohawk. Los vi enfrentarse al conductor del autobús que debía llevarlos hasta allí porque llevaba una gorra con la caricatura de un piel roja; o si se prefiere, el logo de un equipo deportivo como tantos otros. Esta acción es, por supuesto, una reivindicación necesaria, quizá por eso estos emblemas tienden justamente a desaparecer: sucedió que los buenos apóstoles insultaron al conductor como paranoicos, como si el conductor del autobús, un proletario, hubiera «querido» desafiarlos aquella mañana al vestirse. En unos segundos, lo impactante ya no era el racismo ordinario que denotaba la vestimenta del hombre, sino la ira de los agentes de la buena conciencia. Se lanzaron contra él encendidos, pero la maldad desapareció tan pronto como les abrió la puerta. Las acusaciones de racismo incluso se prestaron a interpretaciones: ¡es que bequés, por eso nuestro hombre ha mostrado sed de segregación! Los doctos jueces a los que conducía a una reserva indígena fueron a escuchar las palabras de un anfitrión que les describía la opresión, real y verdadera, que sufría

su comunidad, y lo hicieron sin la más mínima consideración intelectual por aquel sujeto que expresaba su enfado. El maniqueísmo fue capaz de tranquilizar a los profesores universitarios, que se limitaron a verlo todo a través del prisma del juicio moral.

## ¿RACISMO SISTÉMICO O SISTEMÁTICO?

Racismo es el nombre de una opción. No se gana nada reduciéndolo a una caracterología personal. No, básicamente ya no es tanto que alguien sea racista o no lo que supone un problema, sino que le sea permitido serlo en nuestra sociedad, que tenga la opción. El problema es que cualquier miembro de un grupo específico tiene la libertad de optar por el racismo ante cualquier miembro de otro grupo específico. Se basta por sí solo para hablar de racismo como fenómeno de alcance social. No podría haber racismo fuera de ese sistema de referencias. Los racistas son aquellos que, quieran o no, pueden en cualquier momento lanzar invectivas discriminatorias dependiendo de la pertenencia sociohistórica del «otro»; las víctimas de racismo son quienes pueden sufrir trato semejante siempre que otros creen que pueden optar por darlo. El racismo sigue siendo una cuestión que flota en el ambiente y de la que es muy difícil desprenderse.

Muy a menudo nos perdemos en tipologías ontológicas pobres. Diremos: «Fulano de Tal es racista» o «Fulano de Tal no es racista». Es racista, no es racista; significa claramente: elige serlo o no serlo. Decirse «no racista» es en sí una forma de reconocer el hecho social: el racismo existe y yo me abstengo

de secundarlo; por tanto, yo no soy racista, entre otros que pueden serlo. No cederé... pero no cambiaré nada.

Si somos mínimamente rigurosos, el racismo no puede entenderse más que de forma sistémica. Necesariamente, nos defendemos de ser racistas cuando el fenómeno está muy extendido, del mismo modo que sufriremos mucha menos discriminación si hablamos mal de los calvos que de los negros, porque desde el punto de vista social la discriminación de los primeros es mucho menos significativa. ¿Se nos ocurriría de repente la idea de burlarnos de ellos o de las personas que tienen el pelo rizado? Un rasgo distintivo tan trivial no es relevante en nuestra sociedad y, ciertamente, la observación carecería de valor. No contaría con el apoyo de ningún grupo social. La invectiva racista nunca es un asunto individual, de quienes, por sí mismos, lo «son» o «no lo son». La codificación como tales trasciende la simple libertad individual.

Tenemos esta opción, que implica diversos grados y posibilidades según la sociedad en la que nos movemos, el barrio donde vivimos, la empresa o institución en la que trabajamos, el bar que frecuentamos... Pero las manifestaciones de racismo son lo suficientemente numerosas como para que resulte obsceno intentar negarlas.<sup>2</sup> Entrarán en juego la rareza, los distintos niveles y otras sutilidades. Como objetos del fenómeno, podríamos ser lo suficientemente insidiosos como para dudar siempre de la intención del sujeto, de la validez de sus sospechas. ¿Soy yo? ¿Es esto lo que, objetivamente, experimento? Sentirnos preocupados diariamente por esta cuestión es parte integral del racismo que nos rodea, estamos siempre dispuestos a cuestionar el nivel de realidad o de alucinación de lo que nos han hecho.

Independientemente de si somos racistas o no, la cuestión del racismo reside, pues, ante todo, en la cuestión social

de que existe la opción. Y se ve más que claramente en una frase que se ha vuelto manifiestamente caricatural: «No soy racista, pero...». O, solo un poco más sutilmente, «mi vecino es negro y yo hablo con él». Estas frases teñidas de males-tar no siempre son la manifestación de malos sentimientos. Sin embargo, revelan que el problema del racismo no es solo una casuística. Principalmente, no tiene relación con la moral personal porque es una cuestión social. Desde este punto de vista, dado que la cuestión del racismo concierne a algo más que ser racista o no serlo, el dilema es si estamos potencialmente en condiciones de serlo. ¿Podemos decidir manifestarnos de manera racista? Donde estamos, ¿tenemos esta posibilidad? Si es así, ese es el problema, un problema social.

Por lo que respecta a la víctima latente del racismo, esta permanece *a priori* pasiva en la ecuación: sabrá, en una circunstancia o en otra, si tendrá o no que soportarlo y responder a la amenaza que se cierne continuamente sobre ella.

Podemos desmitificar este estado de cosas. El escritor sueco Sven Lindqvist señaló un detalle histórico que permitió que el discurso racista se desarrollara como argumento de autoridad en una cultura.<sup>3</sup> Para que el estadista Jules Ferry pudiera establecer relaciones jerárquicas en el siglo XIX entre civilizaciones y razas superiores que tenían derechos y deberes sobre otras inferiores, los europeos tuvieron que desarrollar el armamento militar de manera fulgurante. Para algunos de sus ejércitos, apoyados en una ventaja estrictamente técnica, las incursiones coloniales en África parecieron el paseo informal previo a una competición deportiva. Nada podía enfrentarse a las nuevas máquinas de guerra de largo alcance. Después de esta implacable manifestación de violencia, un enorme aparato de propaganda maquilló el uso de la fuerza con una justificación ideológica. El racismo no nació allí,

pero quienes querían hacer de esta ideología un marco cultural encontraron en la abundante producción de discursos racistas de principios del siglo xx una confirmación patente. El contexto era favorable para categorizar al «otro», subordinarlo legal y políticamente, degradarlo psicológicamente y encerrarlo en una representación esencialista de sí mismo. Y los poderes establecidos, públicos y privados, no fracasaron: propaganda estatal, enseñanza tendenciosa, literatura degradante, periodismo demagógico, marketing degradante...<sup>4</sup> El clima cambió rápidamente y el racismo se extendió y se volvió algo cotidiano.

Más allá del primer círculo de descendientes de personas que fueron asesinadas, que soportaron violencia y agravios, ¿cuántas sufren el racismo? Por culpa del racismo, un aire marchito arruina la vida de la comunidad que se ve afectada. ¿Cuántos blancos que nunca sufrieron personalmente los horrores del racismo han llegado, sin embargo, a afirmar un día: «Me fui de Francia porque estaba harto del racismo» o «abandoné la región de Alberta porque estaba cansado de conservadurismo rancio»? Para esa gente, no se trataba de afirmar estúpidamente que todos los franceses o los habitantes de Alberta «eran» racistas, sino de evocar un clima, un aire que en general resultaba nauseabundo, porque era particularmente propicio a las connotaciones racistas. Nunca se sabe dónde nacerán las manifestaciones ni mediante qué prácticas serán trivializadas. Esta posibilidad latente afecta a un gran número de personas, de una forma u otra, en mayor o menor medida.

Para Rachida Azdouz, la definición actual de «racismo sistémico» como simple consecuencia de un sistema tiene el inconveniente de eliminar las responsabilidades individuales y de convertirlo todo en un engranaje integrado y unilateral;<sup>5</sup>



presentarlo también como opción fruto de una elección individual permite evitar este escollo.

Concienciarse del fenómeno como —ante todo— hecho social es mostrarse sensible a los climas, a los ambientes, a situaciones posibles y a sus manifestaciones concretas en contextos varios, cuyo control escapa a los interesados. Se trata de fenómenos en los que «es probable que todos seamos víctimas o portadores de prejuicios inconscientes».<sup>6</sup> Muchos de nosotros tenemos que hacer un doloroso examen de conciencia.

Voy en un autobús y tengo la opción de ser racista. Estoy en un edificio de apartamentos y tengo la opción de ser racista. Estoy en la oficina, en un ambiente universitario, en una cafetería y tengo la opción de ser racista. Puede aplicarse a la islamofobia o al antisemitismo. Puede aplicarse al sexismo, a la homofobia...

Realizar este tipo de reflexión permitiría discernir las causas históricas del estado de algunas costumbres y hacer, por ejemplo, una distinción rigurosa entre racismo y xenofobia, cuyos diagnósticos remiten a enfoques específicos. Un pueblo como el francés, que conquistó y expolió naciones enteras, que las humilló, que desarrolló gracias a ellas conocimientos científicos para someterlas mejor espiritual y mentalmente, para finalmente tolerarlas en casa cuando le faltaban brazos para llevar a cabo las tareas más viles..., tendrá tendencia al racismo. He aquí la jerarquía de «razas» de la que hablamos, y los buenos blancos se colocan de mil amores en la cima de la pirámide. Un pueblo como el de Quebec, que se considera parcialmente liberado de un régimen dominante y que lucha por dotarse de las estructuras incondicionales que le demuestren que pertenece al mundo, sobre todo después de haber liquidado sus organizaciones

tradicionales, parece mostrarse acomplejado ante la gente que va allí con tradiciones centenarias que lo reducen, aparentemente, a nada. Un plato de *poutine*, Halloween y La Bolduc, de repente, no valen mucho en comparación con los tayines, el Ramadán y el Corán, y con quejas y afectación intentamos superar el complejo. El «otro» se vuelve entonces indeseable porque esta vez lo vemos superior en una jerarquía imaginaria.

Pero fueron necesarios discursos, peticiones, declaraciones seguidas de nuevos insultos, manifestaciones reprimidas con sangre y actos de desobediencia civil para mostrar la realidad abusiva y fascista de discursos a menudo brutales, pero igualmente insidiosos. Esto último es lo más complejo. En medio del racismo cotidiano, de las microagresiones, del favoritismo de poca monta, de los chistes maliciosos, ¿cómo podemos establecer los criterios adecuados de denuncia si no queremos que se nos cuente entre los moralistas y los lanzadores de las primeras piedras? El dominador se siente tan cómodo en el régimen establecido que ya ni siquiera repara en que es él quien manda. Ahora bien, asimilar conductas y llevarlas al inconsciente equivale a desposeer a los sujetos de autonomía mental. Lo que abre la puerta a muchos abusos: ¿hasta dónde pueden llegar los detractores sin cuartel en este proceso de psicoanálisis antes de que se convierta en algo salvaje? ¿Con qué enfoque riguroso podemos pretender hacer una lectura transparente del inconsciente de los demás? ¿Hasta dónde deberíamos invertir esta dimensión para encontrar explicaciones? ¿Qué diálogo es todavía posible cuando postulamos la absoluta ignorancia del otro y basamos el juicio en cómo se comporta? ¿Cómo podemos, al proceder de esta manera, evitar provocar reacciones violentas, contraataques y que aumente la violencia?

Quienes buscan mantenerse íntegros en este ambiente adverso deben demostrar una extraordinaria ética quirúrgica, mucho más exigente que el posicionamiento de quienes se contentan con «no ser personalmente racistas».

Sucede que el postulado de este sistema racista incluye un equívoco: la posible confusión entre los epítetos «sistémico» y «sistemático», que no significan lo mismo en absoluto. Si el racismo depende de un sistema cultural basado en significados, no implica necesariamente un procedimiento sistemático, en el sentido axiológico, en el que cada acontecimiento tendría inevitablemente las mismas implicaciones y respondería ante los mismos criterios, de forma que luego podríamos tratarlos sistemáticamente de la misma manera. Ver así las cosas conduciría a no tener en cuenta las circunstancias y a hacer que el discurso denunciante se erigiera en doctrina absoluta, en imitación luego del discurso que critica. Sería, pues, a su vez, ideológico, y el antirracismo se convertiría del mismo modo en un criterio analítico absoluto: todos los blancos serían, por deducción, racistas en sus acciones y en lo más íntimo de sus pensamientos.

Estos juegos hacen las delicias de los agitadores de la extrema derecha. En los mítines o en los platós se les oye gritar de dos maneras: parten de acusaciones de racismo formuladas según el postulado sistemático, o exageran la cuestión para suponer que esa es la posición de sus contrarios; luego, explotan la debilidad teórica de estos discursos —pues muy a menudo la naturaleza abiertamente racista de ciertas situaciones es críptica o evanescente—; entonces cuestionan completamente la noción de «racismo sistémico» y la convierten en un engaño discursivo. Por último, lógicamente, defenderán el viejo *statu quo* paternalista y colonialista, es decir, el ambiente en que vivimos, el aire que respiramos.